

---

## PANDEMIA Y CAPITALISMO

MAURO CASTELO BRANCO DE MOURA<sup>1</sup>

El propio proceso evolutivo que originó al hombre, según Charles Darwin, produjo una característica ventajosa para la supervivencia de estos seres, la cual él denomina *sympathy* <sup>2</sup>. Las acepciones del vocablo inglés son más amplias que su sucedáneo castellano y comprenden aquello que entendemos por empatía, compasión y otras cualidades relacionadas a una disposición benévola hacia los otros hombres, y que son compatibles y hasta indispensables a una existencia naturalmente gregaria. ¡Todos los antropoides fueron gregarios! En este sentido, según Serge Moscovici: “La sociedad humana no ha comenzado con el hombre ni viceversa. [...] En la perspectiva de un desarrollo general, el lugar de nacimiento de nuestra sociedad es otra sociedad <sup>3</sup>”.

El mito filosófico moderno de un hipotético “estado natural” (o salvaje), configurado por individuos aislados y anterior a la vida social y sustentado, entre otros, por pensadores tan ilustres como Hobbes o Rousseau, no encuentra ningún respaldo empírico. Además, el hallazgo en la Cueva de Shanidar, en el Kurdistán iraquí —con esqueletos neandertales que demuestran, no apenas la reverencia de estos antropoides a los muertos, como también la actitud solidaria del grupo hacia uno de sus miembros que se había quedado lesionado de una manera que no podría proveerse sin ayuda y, sin embargo, sus huesos atestiguan que sobrevivió por varios años después del accidente que lo dejó discapacitado— parece comprobar la hipótesis de Darwin.

La instauración del trazo evolutivo de la sociabilidad está correlacionada con esta disposición natural hacia la *sympathy*, cuyas reminiscencias pueden ser halladas, también, en el seno de la filosofía antigua clásica. El insigne Aristóteles ponía de relieve el carácter gregario del hombre en su *Zoon politikon* y, contrario al mito moderno del individuo aislado, en un hipotético estadio pre-societario (plantamiento al cual Marx jocosamente denominaba de *Robinsonaden*), el estagirita no podía concebir a un humano fuera de la sociedad <sup>4</sup>. Además, en su *Ética Nicomaquea*, condenaba vehementemente el egoísmo y exaltaba, como virtudes, el altruismo, la solidaridad, la magnanimidad, etc. La Modernidad introdujo un profundo viraje en esto, pues redujo el ámbito de vigencia de estas cualidades

---

Departamento de Filosofía, Universidad Federal de Bahía, Brasil.  
/ mcbmoura2@gmail.com

vinculadas a la vida gregaria y su encomio quedó reducido al ámbito privado, sobre todo doméstico. El mejor y más elocuente ejemplo de esto probablemente esté en la moraleja de *La Fábula de las Abejas* de Bernard de Mandeville: el intolerable vicio privado del egoísmo se metamorfosea en virtud pública...

A pesar de que en su *Theory of Moral Sentiments* Adam Smith, en parte, repudie a Mandeville y busque distanciarse, en *Wealth of Nations*, su obra más sobresaliente, en la práctica y efectivamente lo da por supuesto <sup>5</sup>. El desarrollo de las fuerzas productivas, a partir de Smith y para toda una vertiente del pensamiento cuyo meollo consistirá en alabar el mercado, dependerá de la iniciativa privada fundada en el egoísmo personal. Con la inauguración de la economía política, propiamente dicha, cuya paternidad es generalmente atribuida a Smith, se consumó la hipóstasis del beneficio privado como propulsor del bien común.

La defensa del interés público se convirtió, así, sin pudor alguno, en apología de lo privado. Con esto, la virtud peripatética del altruismo pierde su dimensión pública y queda confinada apenas al ámbito de la familia o, cuando mucho, al de la *philia*. Y el hombre moderno, además de configurado como un individuo desgarrado, padece, en el ámago de su voluntad libre, de una ambivalencia esquizoide: debe de ser magnánimo en la familia y entre los amigos y mezquino en la vida pública, sacando provecho de todas las oportunidades que se le presenten <sup>6</sup>.

La *invisible hand* de Smith se convirtió, así, paulatinamente, en una teoría (¡sin cualquier respaldo empírico!) del mercado autorregulable. La idea de que nadie es responsable por un proceso natural e ineluctable sirve para justificar el *statu quo* vigente dilacerado por la desigualdad, por las crisis y en medio, paradójicamente, a una opulencia jamás vista en toda la larga trayectoria humana por el planeta, sobre todo después de la Revolución Industrial. Desde su inicio, este gigantesco proceso no ha pasado desapercibido a las miradas más atentas de los pensadores modernos. Michel de Montaigne y Rousseau atestiguan elocuentemente la afirmación anterior <sup>7</sup>. Además, las distintas historias que se desarrollaban de modo más o menos autónomo, a partir de la *gran industria*, como han señalado Marx y Engels, se integraron, configurando una sola historia, que ahora comprende toda la humanidad <sup>8</sup>. El capital, como un demiurgo insaciable, impuso su dinámica de la valorización ilimitada del valor a todo el planeta, doblegando a todas las culturas y sociedades humanas hacia un destino común.

Para esto disolvió los lazos solidarios atávicos, por lo menos en la esfera pública, que unían los individuos humanos a su comunidad, lo que generó individuos desgarrados, huérfanos de la tribu y de la familia extensa, que comprendía todo un clan como parientes y con ellos establecía una red compleja de solidaridad. El individuo aislado descrito por el mito de

origen burgués es una creación postrera, construido *ad hoc* por ella misma para autolegitimarse y que emana de las formas dinero y capital de los productos del trabajo humano. Nos convertimos, a través del mercado, en mónadas leibnizianas, confinados en nuestro egoísmo y sin ventanas hacia los demás humanos. Cada uno cuida de sus intereses privados, sin miramientos al destino ajeno. La indiferencia (¡o la caridad purgadora de las culpas!) erigida en pilar de una sociabilidad que no se reconoce como tal.

La pandemia deja completamente desnuda la paradoja de nuestra moral esquizoide. En primer lugar, porque la necesidad de aislamiento para frenar el contagio amenaza nuestra sociabilidad natural y los individuos hipostasiados de la sociedad burguesa son confrontados a sus propios límites: simplemente no se puede vivir completamente aislado... ¡Nuestra dimensión naturalmente social emerge sin disfraces! En segundo lugar, porque la solución del problema pandémico involucra a toda la sociedad, más allá del rincón o país, es decir, envuelve a toda la humanidad, de la misma forma que la difusión del virus. Los epidemiólogos nos vienen advirtiendo hace largo tiempo acerca de la posibilidad pandémica, incluso en virtud de la destrucción descontrolada de los espacios de preservación natural aún remanentes. Las enfermedades silvestres, para las cuales carecemos de inmunidad, pueden contaminar a quienes se expongan y de ahí dispersarse por el mundo, una vez que la profecía de la "aldea global" de Marshall McLuhan se ha paulatinamente consumando...

Mientras todo esto ocurre, la privatización también avanza, hasta aquí inexorable, incluso sobre los servicios médicos y de salud. Los hospitales, que antes eran el dominio de monjas abnegadas, son hoy un emprendimiento capitalista sin más. La investigación farmacéutica y toda la parafernalia terapéutica son monopolizadas por grandes empresas transnacionales. La ganancia y no la salud de las poblaciones es su objetivo final. Los presupuestos estatales tratan permanentemente de mermar los gastos públicos destinados a la salud, que es una forma de lanzar estos "consumidores" en los brazos de los servicios de salud privados. Además, la precarización generalizada y la disminución de derechos sociales, con el desmonte del *Welfare State*, expone, aún más, a porciones cada vez más grandes de la población a condiciones de vida (y, por ende, de salud) degradantes. Todo esto parece corroborar el vaticinio de Marx cuando concluye que "[...] la producción capitalista sólo [sabe] desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción minando al mismo tiempo las fuentes de que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador".

La pandemia, que agudizó las tensiones inmanentes a la acumulación de capital, funcionó como el chiquillo de la fábula de Andersen, *La ropa nueva del emperador*, desnudando el verdadero carácter del proceso social en que estamos inmersos. Necesitamos, con la mayor urgencia, poner frenos a la destrucción del medio ambiente y al abismo de la desigualdad

entre personas y pueblos. Fue demasiado escandalosa la actitud indiferente de algunos gobiernos y dirigentes políticos con relación a la catástrofe humanitaria que se abatió sobre todos, pero que afectó de manera mucho más profunda a las capas más desposeídas de la población mundial. La insistencia de muchas autoridades públicas en negar la gravedad del problema para que la producción siguiera en su ritmo normal, mismo en detrimento de la preservación de la vida humana, sólo puede ser tachada como criminal y hasta genocida. Los cimientos de nuestra sociabilidad no pueden estar erigidos en el primado de la codicia y sobre la indiferencia hacia los otros seres humanos y al medio ambiente que nos es vital y que a todos nos acoge...

## NOTAS

- 1 Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Bahía, Brasil.
- 2 Cf. Darwin, Charles, *The Descent of Man*, Nueva York: Quill Pen, 2008, p. 674.
- 3 Moscovici, Serge, *Sociedad contra natura*, Trad. Lozada, Rebeca, México: Siglo XXI, 1975, p. 32.
- 4 “[...] un hombre que es incapaz de entrar a formar parte de una comunidad, o que se basta a sí mismo hasta el extremo de no necesitar esto, no es parte alguna del estado, de manera que o bien debe ser un animal inferior o bien un dios” (Aristóteles, *Política*, in *Obras*, Trad. Samaranch, Francisco, Aguilar, Madrid, 1973, p. 1413 [1253b]).
- 5 Frederick Benjamin Kaye, en su magnífico comentario a la obra de Mandeville apunta con toda propiedad el efectivo distanciamiento de Smith con relación a su maestro Hutcheson y su acercamiento de hecho a Mandeville (Cf. Kaye, F.B. in Mandeville, Bernard, *La Fábula de las Abejas*, Trad. Ferrater Mora, José, México: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 307, nota 245).
- 6 Moura, M.C.B., “Sombras do Iluminismo: desigualdade e moral do interesse” [pp. 259-271], in Peres, Daniel (org.) *Justiça, Virtude e Democracia*, Salvador: Quarteto, 2006, p. 271.
- 7 Véase el ensayo de Montaigne sobre los caníbales (capítulo XXXI de los *Ensayos*) y El segundo discurso de Rousseau (*Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*).
- 8 “[...] la gran industria [...] creó [erzeugte] por vez primera la historia universal [*die Weltgeschichte*], haciendo que toda nación civilizada y todo individuo, dentro de ella, dependiera del mundo para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones aisladas, que hasta entonces existía” (Marx y Engels, *La ideología alemana*, Trad. Roces, Wenceslao, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, pp. 68-69 [*Deutsche Ideologie*, in *Die Frühschriften*, Stuttgart, Alfred Kröner, 1953, p. 390]).
- 9 Marx, *El Capital*, 4ª Ed., Trad. Roces, Wenceslao, México: Fondo de Cultura Económica, 2014, Libro I p. 452.